

## La moneda partida

*Elite.*

MEDIODIA. Una hora sin sombras. La gente transita apresuradamente por las aceras. Cruza con prisa las calles. Por caminos diversos, todos van a sus casas. A lo largo de una acera, la cola del autobús. Uno a uno van adhiriéndose a ella, y desde atrás miran resignadamente a los que ocupan los primeros lugares. Cuando llega el vehículo se mueve toda la cola con un movimiento de impaciencia. Mientras unos se aprestan a subir, otros bajan. Acaso vienen de los mismos lugares a donde se dirigen los que esperan. Una hora más tarde va a ser al revés. Es absurdo, pero así es. En la misma esquina de la cuadra, secándose al sol, una viejita. Ella no espera al autobús. Ella debe conocer a la gente por los pies. No levanta la vista del suelo, pero observa, observa desde aquellas ventanitas semiapagadas, el correr apresurado de los pies. De vez en cuando alarga la mano, y alguna que otra vez la retira hasta su bolso para dejar caer allí una moneda. Cualquiera no sirve para pedir. Para eso hace falta tener mucha paciencia. O tener mucha necesidad. En el bolsillo de la viejita van a reunirse los centavos y las lochas como los pilluelos de barrio se reúnen a veces para proyectar una trastada. Pero no vayamos más allá.

El bolso de la viejita también tiene algo de cepillo de iglesia. Los une la caridad. Y hay más. Es más fácil depositar una moneda falsa en la iglesia que en la mano de un pobre. Os lo dirán los curas si se lo preguntáis. ¿Por qué será? Acaso porque un cajón no mueve a la verdadera caridad; mientras que una mano arrugada o una manita de niño, sí. Ahí está la de la viejita, un poco sucia, tendida al sol. Es difícil no verla y sentir su peso de huesos. Es difícil no reparar en el cuenco vacío, donde hay un pocito de sombra perdido entre tanto sol. Algunos depositan la moneda con la intención de tapar el hueco, pero no lo consiguen por largo tiempo. De nuevo está el cuenco vacío. Otros tienen tanta prisa o les repugna tanto el contacto de aquella mano miserable, que dejan caer la moneda en el aire. En la forma de dar se demuestra también la caridad. Esta señorita que acaba de pasar, por ejemplo, lo ha hecho muy mal. Tan mal que el mediecito ha caído de la mano y ha venido rodando hasta mis pies. La moneda tiene un agujerito en el centro. Dicen que esto da buena suerte. Entonces yo he ido a depositarla dentro justo del pocito de sombra. La viejita, que observaba mis pies, me ha mirado a los ojos y me ha dado las gracias mostrándome las sombras de las encías, lo que no ha hecho con ninguno de sus favorecedores. Yo me he avergonzado un poco, y le he dado de mi parte otra moneda. Y ya no he podido observar más; he tenido que irme. Pero el mediecito agujereado ha quedado retratado en mi memoria como algo significativo. Al agujerearla la habían partido casi por la mitad, la hendidura casi marcaba el diámetro. Pero la viejita sabe que aquello vale, de todos modos, cinco centavos.

Ha anochecido, la misma cuadra del mediodía parece otra. Hay que ver cómo cambian las cosas con la luz o con la oscuridad. Ya no hay nadie en la esquina; ni en la parada del autobús. Y la gente transita con menos prisa por las aceras. Ahora se detiene un poco en las vidrieras. Hay una, cerca de la esquina, que llama la atención. Hay muchas joyas y relojes que relucen como nunca brillan durante el día. ¡Hay que ver cómo cambian las cosas con la luz, o la oscuridad! A veces la luz sirve para ver más, no para ver mejor. Y la luz blanca de la vidriera presta brillo de oro a metales más pobres. La luz del sol es más pura, descubre la verdad. La gente se engaña más, pero mucho más de noche que de día. Las formas de vida exclusivamente nocturnas suelen ser generalmente de engaño. Esta jovencita que ya lleva unos minutos parada frente a la vidriera seguro que se engaña también. Repasa la mirada sobre cada uno de los objetos que brillan, y suspira de vez en cuando. Hasta parece que habla consigo misma. Seguro que se refiere al precio. Yo la estoy viendo por detrás, un poco de perfil. Parece por sus ropas un rico disfrazado de pobre en día de carnaval. Y es al revés. Por lo del Carnaval, es fácil que por entonces se disfrace realmente de lo que es: de pobre. La cosa es engañar, o de engañarse, que de esto también hay. Ya ha fijado su mirada en unos pendientes que brillan mucho, y queda clavada ahí. Ya en adelante, eso es una obsesión, inclina un poco la cabeza contra el vidrio, encorva un poco la espalda y lleva un dedo a la boca. De pronto se endereza, pierde un poco el equilibrio, mira instintivamente para atrás, y se ríe como excusándose, con un aire idiota. Yo quedo mirando a sus tacones, de una pretensión de altura que va a compás de algo interior que vive en la muchacha en un difícil equilibrio. Total, para que cuando caiga, rueda desde mayor altura. otra vez los pendientes; es que brillan ahora como unos demonios. De pronto se voltea resueltamente, como si hacer eso le hubiera costado mucho; y me pregunta por el precio de aquello que me señala con los dedos, y que yo había visto mucho antes siguiendo la huella hiriente de su mirada. Ella no sabe leer, pero le gusta, y tiene unos realitos. La chica es agraciada, pero apenas tiene quince años. Tiene esa belleza fresca de juventud que dura lo que dura la mocedad. Después se le aflojarán las carnes, se dejará de peinar, los ojos se le van a apagar como a la viejita de la esquina, pero muchos antes, y a los 25 será una vieja. Cuánto engaña la belleza a flor de piel. Yo le digo cuánto valen los pendientes. Ella silba con una cara de susto que me hace mucha gracia. Entonces, como para justificar su extrañeza, saca de una carterita negra y rota "sus monedas". Esto es lo que tiene ella. Esas sí sabe contarlas; también conoce los billetes grandes, pero suele tener uno muy de tiempo en tiempo. Y cuenta las monedas para que compruebe yo que sabe contar. Ella tiene centavos, lochas y de vez en cuando un medio. Se habrán reunido aquí como los pilluelos de barrio se reúnen a veces para proyectar una trastada... ¡El medio, aquí está el medio, acaba de pasar! Se lo pido. Ella para de contar. "Si, tiene un agujerito, eso da buena suerte". Yo tomo el medio en mis manos: tiene una grieta como si estuviera a punto de partirse por la mitad. Pero se lo devuelvo. ¡Ojalá le dé buena suerte!... Unos pasos más allá está la esquina de la viejita, pero la esquina está vacía. Y yo veo allí a esa mocita, unos años después... Hay oficios que se heredan, como las monedas partidas...